

El viejo que se reía

Se reía con un solo diente acolmillado por años y años de andar mordiendo vaya uno a saber qué cosas. El ruido seco y cascado salía como arrastrándose de una cueva negra y sinuosa cada vez que abría la boca.

A mí me daba miedo. El viejo se reía y yo temblaba.

En esa época, había montones de historias rodando por las calles del barrio y en casi todas aparecía el viejo. Nadie supo decirme jamás de dónde venía ni cuándo había aparecido, pero lo cierto es que estaba en el barrio desde siempre. En cada uno de nosotros.

Yo era chico. Vivía con mi papá, mi mamá y mi hermano menor, Daniel, en una casa que quedaba a media cuadra de donde el viejo todas las tardes se sentaba a reírse, a eso de las seis, cuando el sol ya había bajado y no picaba tanto.

Se sentaba en el antepecho de la puerta del baldío y empezaba a reírse. Al principio despacio, como calentando la garganta, para después ir aflojando la carcajada que a partir de ese momento se hacía cada vez más grande y más fuerte, hasta que al final, todas las casas del barrio se llenaban de ecos pegajosos que se quedaban en la ropa por mucho tiempo, pese al jabón y a la esponja con la que nos frotábamos la piel hasta sacarle chispas y pese a sol que se llevaba todos los olores de la ropa colgada toda la tarde, menos ese que tenía un dejo a perro mojado y era de color gris oscuro, como pelo de rata. Cuando entraba a la boca, se asentaba con un gusto largo y seco a tierra.

Apenas el viejo empezaba a reírse, mi mamá nos hacía entrar a la casa. Todas las madres del barrio hacían lo mismo y de golpe la calle quedaba vacía, sin chicos, se apagaban por completo los gritos, las risas agudas y desbocadas entraban con sus dueños y dejaban de retumbar los pelotazos contra las paredes. El silencio se hacía fuerte a esa hora de la tarde y empezaba a marcar territorio.

A mi hermano Daniel y a mí nos daba la impresión que mamá le tenía miedo en serio al viejo, un miedo bárbaro y que se asustaba un montón apenas le escuchaba la risa, pero nunca dijo una palabra. Lo único que hacía, desde las seis de la tarde en adelante, era frotarse las manos hasta que se le ponían rojas y caminar de un lado a otro de la casa, controlando si las puertas y las ventanas estaban bien cerradas. Cuando volvía el silencio, mamá se calmaba y caminaba despacio a la cocina para empezar a preparar la cena.

No todos los días pasaba lo mismo porque si mi papá llegaba un poco más temprano que de costumbre, apenas empezaba la risa, se ponía a hacerle burlas a mamá. Se escondía detrás de las puertas, se le aparecía de golpe y ella saltaba del susto que después quedaba un rato pálida y quieta como congelada. Mi papá se retorció de risa y la verdad es que ni mi hermano Daniel ni yo le encontrábamos mucha gracia a esas estupideces que hacía mi papá porque parecía más chico que nosotros, pero él era así.

Después de las bromas, mi mamá quedaba como asustada y lo miraba con los ojos chiquitos como de odio por unos días hasta que se le terminaba pasando. Por suerte, mi papá casi nunca volvía más temprano que de costumbre porque sino empezaban las peleas apenas a mamá se le iba el susto y le volvía el color a la cara. Volaban los platos y las tazas por el aire. Las ollas rebotaban en el piso con un ruido a campanas secas. Mamá tiraba a propósito los vasos contra el piso y los hacía pedazos. Al final, el piso de la cocina quedaba cubierto de restos de loza y vidrio y casi siempre o mi hermano o yo terminábamos cortados porque nos apurábamos a levantar primero los pedazos más grandes y más filosos. Era ahí cuando mi mamá le reclamaba a mi papá que por su culpa nos lastimábamos y a veces, no siempre, después que ella decía eso, el que empezaba a gritar era él hasta que se le acababa la voz y salía a la calle dando un portazo mientras nosotros nos quedábamos mirándolo y las gotitas de sangre que nos salían de los dedos iban cayendo al piso.

Cuando ya no quedaba nada por romper, mamá salía de la cocina y se encerraba en el baño. Al ratito iba papá y el hablaba desde el otro lado de la puerta. Se escuchaba después el ruido del agua corriendo por el inodoro y el chasquido de la cerradura de la puerta del baño.

Mamá salía con los ojos enrojecidos y el pelo mojado. Papá la abrazaba y anunciaba que esa noche no se cocinaba en casa y pedíamos pizza o empanadas.

A mi hermano Daniel y a mí nos daba miedo cuando ellos se peleaban y no le queríamos contar a nadie lo que pasaba en casa. De esos hablábamos cuando íbamos medio escondidos al baldío de la otra cuadra a tirar la bolsa negra llena de pedazos de platos, de tazas y de vasos envueltos en varias capas de papel de diario.

Salíamos muy temprano con Daniel, llegábamos al baldío y nos metíamos con mucho cuidado para no pisar la mierda de perro que estaba por todas partes, llevábamos la bolsa hasta los yuyos altos del fondo y la dejábamos ahí. Después salíamos mirando para todos lados, con miedo de que alguien nos viera porque nuestros amigos no tenían idea de lo que hacíamos en el baldío.

Al final todo se sabe como decía mi tía Alba que era medio bruja y se las daba de consejera familiar porque era soltera, digo yo. Todo se sabe y al final los changos se enteraron que mi mamá y mi papá se peleaban justo el día del cumpleaños de Daniel. Empezaron a llegar más o menos a la cinco porque había chocolate con sándwiches de jamón y queso. Apenas vieron la mesa se pusieron a jorobar con que no había ni dos platos, ni dos vasos, ni dos tazas iguales. Todos eran de juegos distintos, las de diario mezcladas con unas que habían sido regalo de casamiento de mi abuela. Mi mamá se hacía la que revolvió el chocolate y yo sé que se moría de la vergüenza.

El gordo que era el más confianzudo, le dijo a mi mamá que se quedara tranquila y no se hiciera problema porque en todas las casas del barrio que él conocía pasaba lo mismo desde que al viejo se le daba por reírse a la tarde. Cuando empezaba, todos se ponían muy nerviosos. Nos contó que sus padres también terminaban tirándose con lo que encontraban a mano y al otro día lo mandaban con la bolsa negra llena de pedazos de vasos, tazas y platos a un baldío cerca de su casa que no era el mismo al que íbamos nosotros.

En ese momento, más temprano que de costumbre, se oyó la risa el viejo. Poco a poco se iban empañando las ventanas y la ropa se impregnaba de olor a perro mojado. La piel se ponía pegajosa, como cuando jugábamos mucho rato a la pelota.

La risa entraba como arrastrándose por las rendijas de las ventanas y por debajo de las puertas. Se colaba por la claraboya de la cocina y por el hueco que había quedado en la pared del lavadero que daba al patio, después de que a mi papá se le ocurrió sacar el extractor porque daba y temaba con que hacía mucho ruido.

La risa se sentaba en las sillas, se devoraba los sándwiches de miga de jamón y queso y la torta de cumpleaños, mientras iba dejando de un color verdoso, como de moho, en las papas fritas que parecía que no le gustaban demasiado.

Papá se puso pálido y dejó de hacerle burlas a mamá que empezó a llorar. Ninguno de nosotros tenía la menor idea de cómo hacer para que se nos fuera el miedo que se nos movía dentro de la panza como una víbora enorme.

Jorge que siempre había sido el más maricón de todos, se puso a llorar y llamaba a gritos a su mamá. Después fue Pablo y al ratito Julio, Rody y el final el Gordo que nunca había llorado delante de nadie en su vida. Todos llorábamos a moco tendido, al mismo tiempo que mamá temblaba como un postre de gelatina y papá se ponía más y más blanco.

La risa seguía en lo suyo. Casi no quedaban sándwiches de miga de jamón y queso, a la torta le faltaba más de la mitad, las papas eran una masa verde y hedionda. La risa se tomaba la Coca y el chocolate directamente de la jarra a tragos largos y ruidosos, hasta que de golpe se llenó.

Ahí empezó a jugar con los globos y a soplar todos los pitos al mismo tiempo y a darle vueltas y más vueltas a las matracas de madera. No se podía creer el despelote que estaba armando.

Mi papá se puso rojo y como loco. Apretó los puños y se fue a la puerta de calle. El viejo tenía que callarse de una vez por todas y él era el responsable de que eso pasara. Mis amigos lo miraban con una mezcla de admiración y estupor. Sé que algunos de ellos no lo creían capaz porque en el barrio se sabía que la jefa de la puerta para adentro era mi mamá. El podía burlarse de ella por lo del viejo y de vez en cuando pegar un par de gritos como para avisar que estaba, pero la que cortaba el queso era mi mamá y en ese momento no tenía la menor intención de hacer nada con el viejo. Sí le pedía a mi papá que por favor se calmara y no fuera a pelearse porque era muy calentón y por cualquier cosa quería agarrarse a los sopapos. Yo los miré. Primero a mamá y después a papá. Trataba de acordarme de alguna piña que le hubiera visto pegar, pero no me venía ninguna a la memoria.

Mi papá llegó a la puerta de calle, bajó el picaporte y en ese momento se la risa se calló completamente. Igual salió a la vereda y daba la sensación que los gritos de mi mamá, más que detenerlo, lo empujaban hacia fuera. Yo lo veía a mi papá que miraba para el lado del baldío donde sabía sentarse el viejo, pero no estaba, ni ahí ni en ninguna parte. Era como si se hubiera disuelto en el aire. Mi papá volvió a entrar, encogió los hombros, puso cara de idiota y nos contó que no había podido encontrar al viejo. Sin decir una palabra, salimos corriendo

como poseídos para llegar antes a la mesa y comer lo que quedaba porque se había hecho tarde, eran casi las siete y no dábamos más del hambre.

Ni siquiera nos pudimos acercar a la comida porque desde lejos se le sentía el olor a perro mojado.

Mi papá preguntó qué nos parecía ir al centro a comernos unas pizzas. No terminó de decirlo y ya estábamos todos trepados en el auto. Mi papá le dijo a Daniel que por ser su cumpleaños, ese día podía sentarse en el asiento de adelante. Le mejoró la cara y el humor a mi hermano porque convengamos que el viejo, la risa y el olor a perro mojado le habían arruinado la fiesta. El iba en la falda de mi mamá, mientras nosotros hacíamos el mayor despelote posible en la parte de atrás de la rural.

No habíamos andado ni veinte metros cuando escuchamos la puteada y vimos el golpe que mi papá le pegó al volante. Mamá lo miraba como si se hubiera vuelto loco y el le dijo de mala gana, caliente, embolado y mirándola como con odio que creía que teníamos una goma pinchada.

Se bajó a ver y la puerta delantera izquierda se cerró de un golpe, al mismo tiempo que empezaba a escucharse con toda claridad la risa del viejo. Los chorros de olor a perro mojado entraban por todas partes, se deslizaban por la cuerina negra de los asientos y se derramaban en las alfombras del piso de la rural, dejando chaquitos espesos y oscuros como manchas de aceite.

Nosotros golpeábamos los vidrios porque las puertas estaban trabadas. Se nos lastimaban las manos y nos salía sangre de las peladuras de los nudillos, pero no había caso porque no lográbamos romper los vidrios que cada vez se empañaban más, tanto que dentro del auto parecía más de noche.

Mientras más sangre nos salía de las manos, más fuerte se reía el viejo. Se retorció como una víbora. El aire se acababa de a poco y nos costaba respirar.

Papá, desde afuera, trataba de abrir las puertas, pero no se destrababan. Los botones de los seguros estaban hundidos hasta el fondo y no había manera de agarrarlos. Pateaba las puertas en la desesperación y parecía que quería romper la chapa para sacarnos de adentro.

El viejo se reía cada vez más fuerte, sentado en el antepecho de la puerta de lata del baldío. Nosotros le gritábamos a papá que por favor nos sacara del auto porque nos estábamos asfixiando.

Papá se dio vuelta y lo miró al viejo. Lo miró fijo y con ojos de matar, cerró los puños y empezó a caminar como pateando el piso. Llegó hasta la puerta del baldío y apenas lo tuvo a tiro, le mandó una piña como para voltear una tapia. El viejo corrió apenas la cabeza a un costado y esquivó el puño que se estrelló contra la puerta de lata y la abolló.

A mi papá le empezó a salir sangre de los nudillos. El viejo se reía cada vez con más fuerza. Papá tiró otra piña, el viejo la esquivó de nuevo y quedó un manchón de sangre como una estrella en el revoque áspero de la tapia del baldío.

El viejo se levantó despacio, como despezándose. Lo miró a mi papá, encogió los hombros y se fue caminando para el lado del cerro con pasitos cortos, hasta que se perdió de vista apenas dobló la esquina de la verdulería.

Mi papá se había quedado con la espalda apoyada contra la tapia del baldío y las manos colgando. Rojas, casi violetas, hinchadas y llenas de sangre que goteaba en la vereda de baldosas vainilla y dejaba manchas redondas, se colaba por las canaletas y se arrastraba hasta el cordón de la vereda y de ahí llegaba al agua que corría por el costado de la calle y se disolvía en esa pequeña corriente y formaba como volutas de humo color lacre que se agotaban enseguida.

La puerta delantera derecha de la rural se abrió de golpe y mamá salió corriendo hasta donde estaba mi papá que respiraba hondo, muy hondo y rápido. En la cara se le veía el miedo. Yo era chico, pero supe enseguida que esa expresión de ojos abiertos y fijos, el cuerpo tenso como la cuerda de un arco y la piel pálida y cubierta de gotitas de transpiración, eso, todo eso era el miedo dentro de una persona y me di cuenta, no sé cómo, que ese miedo, una vez que entraba, no saldría jamás. Mi mamá le agarró las manos a mi papá y él gritó por el dolor, pero igual se dejó acariciar las heridas sin quejarse, hasta que al final empezó a respirar más lento, le volvió de a poco el color a la cara y se calmó.

El único que se había quedado dentro de la rural era el maricón de Jorge que lloraba y temblaba de miedo. Los demás habían salido corriendo detrás de mi mamá.

Ni Daniel ni yo nos animábamos a acercarnos a mi papá. Nos impresionaba la cantidad de sangre que le salía de las manos y cómo las tenía de hinchadas.

Lo llevamos al Hospital que quedaba a la vuelta de mi casa y ahí lo curaron y lo cosieron. Salió con las manos vendadas y le quedaban algunas manchitas de sangre que ya no eran tan impresionantes. Parecía más viejo y caminaba más encorvado que antes. Le preguntamos si le dolía y nos contestó que casi nada. Nos quedamos más tranquilos, peor yo no veía la hora de irnos porque ya no aguantaba más el olor a hospital y el amontonamiento de gente en la Guardia.

Eran como las diez de la noche cuando salimos y ya se nos había pasado el hambre. Mamá dijo que iba a preparar algo livianito para que no nos fuéramos a dormir con la panza vacía.

Llegamos a casa y abrimos la puerta de calle. Un cachetazo espeso y hediondo a perro mojado nos atacó desde adentro y nos dejó duros. Paralizados de miedo. Nadie se animaba a entrar. Daniel estaba escondido detrás de mamá que temblaba de miedo y respiraba rápido, como jadeando. Papá estaba mudo, se miraba las manos vendadas y no se movía.

Empecé a caminar hacia adentro no sé cómo ni por qué los pies me pesaban tanto que parecían pegados al piso con cola. Hasta me imaginaba que al levantarlos se veían los hilos blancos saliendo de las suelas de los zapatos. Hacía tanta fuerza para moverlos que después de cada paso me quedaban las piernas acalambradas. Adentro de la casa estaba todo oscuro. Yo me acordaba que había dejado prendida la luz del pasillo porque cada vez que salíamos por la noche hacía eso, pero ahora no estaba seguro. Igual, no se veía nada.

Yo iba tanteando los espacios que conocía tanto que hasta podía verlos, con colores y todo. La esquina del escritorio que tenía una muesca en el revoque, el borde sin lustrar del machimbre del pasillo, la placa áspera de la puerta de la cocina que esperaba una lustrada desde hacía un buen tiempo. El metal frío de la estufa de tiro balanceado que mandaba calor al piso de arriba mientras abajo era una heladera. Me di media vuelta y alcancé la baranda de la escalera. Me llamó la atención lo caliente que estaba para ser mayo y a esa hora de la noche cuando ya se había levantado el frío. Seguí por el pasillo y llegué al cuarto de papá y mamá. El viejo estaba sentado en la cómoda con las piernas colgando. Se le veía el contorno contra el resplandor de la ventana que da al patio del fondo. Se reía a media voz y desparramaba por todas partes el olor a perro mojado.

Sin mirarlo de nuevo, fui hasta el segundo cajón de la cómoda donde mi mamá guardaba el costurero. El viejo no se movía y lo tenía a menos de un metro. Yo estaba tan aterrado que no sentía nada. Abrí el cajón, abrí la lata de galletas que mamá usaba de costurero y saqué con cuidado la tijera grande. Me di vuelta mientras me ponía en puntas de pie para tratar de alcanzar el hilo de risa que le salía al viejo por la boca. Cuando lo tuve asegurado con la mano izquierda, lo corté de un solo tijeretazo y cayó al piso de madera haciendo un ruido que me hizo acordar al de un vidrio roto.

El viejo cerró los ojos, chupó el pedacito de hilo de risa que le había quedado colgando de la boca y se fue atravesando la tela mosquitera de la ventana.

Guardé la tijera grande e el costurero porque mamá nos tenía terminantemente prohibido usarla sin permiso y yo a esa altura no quería más problemas. Cerré bien el cajón de la cómoda y la hoja corrediza de la ventana y fui a decirle a mamá, papá y Daniel que ya no había peligro y podían entrar a la casa porque el viejo ya se había ido.

Una vez adentro, empezamos a encender todas las luces y a abrir de par en par las ventanas, menos la del cuarto de papá y mamá. Queríamos que entrara aire y se fuera de una vez por todas el olor a perro mojado. Fui hasta la pieza de servicio, saqué el escobillón y la palita para barrer los pedazos de risa que habían quedado desperdigados en el piso de madera del cuarto de papá y mamá. Uno de los pedacitos se movió un poco, lo aplasté con el zapato y sentí como si hubiera pisado una cucaracha de las grandes, de las que crujen y tienen jugo. Llevé la palita cargada, la vacié en el inodoro y tiré la cadena.

Pasó el tiempo. El viejo y su risa se había olvidado casi del todo y poco a poco el barrio volvía a ser lo que era antes de que él apareciera. Las madres empezaron a dejar que los chicos salieran a jugar a la calle después de tomar la leche, desde que se habían enterado que un señor empezaba a construir el en baldío donde antes iba a sentarse el viejo.

Una tarde estábamos jugando a la pelota y empezamos a escuchar cada vez más clara la risa de viejo y la veíamos salir como un hilo de humo plateado del bolsillo del pantalón de Daniel. Nos quedamos quietos y con los ojos abiertos, mientras Daniel se sacaba del bolsillo algo que parecía un pedacito de vidrio que se había guardado aquella vez de la tijera en mi casa. Se lo puso en la palma de la mano y apareció el viejo, chiquito como un bicho y senado

en la mano de Daniel que no atinaba a hacer nada mientras iba bajando al piso y desde ahí nos subía a la nariz, el olor a perro mojado del que ya casi ni nos acordábamos.

Mi hermano pegó el alarido y soltó al viejo que se estrelló contra el piso. Se rompió en miles y miles de pedacitos que parecían granos de arena brillantes y de cada uno de ellos nacía un viejo diminuto del que salía un hilo casi invisible de risa aguda que ahora parecía como de bebé. Empezamos a pisarlos y cuando levantábamos los zapatos para ver, montones de viejos más pequeños todavía se reían y se desperdigaban para todos lados.

Iban a esconderse en los hormigueros, se metían dentro de los resumideros, en los albañales y en las bocas de tormenta. Subían por los cables y se trepaban a los árboles. Se dejaban llevar por el viento y caía por todas partes. Algunos se estrellaban y de sus pedazos salían más y más de viejos diminutos. Otros nos subían por las piernas y llegan a la nariz y a los ojos y pese a que nos refregábamos con, algunos lograban entrar.

Un segundo después llegó el dolor. Una infinidad de agujas que se clavaban en la piel al mismo tiempo.

Nos revolcábamos por el piso y la piel se nos desprendía en lonjas. Se despegaba junto con la ropa y dejaba la carne viva por donde se metían más y más viejos muertos de risa, entraban en la sangre y viajaban por dentro.

Veíamos luces de colores y sentíamos que la cabeza nos iba a explotar en cualquier momento. Por la nariz nos empezaba a salir un humo plateado que ya no tenía olor a perro mojado, pero nos tatuaba en el fondo de la garganta el dejo seco del gusto a tierra.

En un momento, se terminó todo, el dolor, el humo, las heridas. Por los poros por la nariz y por la boca nos salía como ejércitos de hormigas viejos diminutos que corrían a toda velocidad ya sin reírse. Nos miramos la piel y no había rastros y había desaparecido del aire por completo el olor a perro mojado.

Me di vuelta y ví que en la ventana grande de mi casa, la que da a la calle, estaban mi mamá y mi papá con los padres del Gordo, de Jorge, de Rody, y de Pablo.

Todos se reían con un solo diente acolmillado y empezaban a caminar hacia donde estábamos nosotros.